

Ahora, después de su dulce tránsito, nos queda su obra, y varias de sus grandes figuras: Hilda Riveros, Octavio Cintolessi, Patricio Bunster, entre tantos otros que continúan su labor sin perder el sello impreso por el artista. Quizás, ellos hayan encontrado su camino más allá de la danza dramática, pero estarán siempre dentro del amor absoluto y el respeto total hacia este arte y hacia el público.

Le seguiremos viendo en el Teatro Municipal o bien, dictando sus órdenes o, en calidad de permanente y siempre interesado espectador, desde la platea. O bien, caminando junto a Lola Botka y Michael su hijo bailarín y coreógrafo. Imborrable es su imagen al recibir el Premio Nacional de Arte en 1984 y la de sus últimos tiempos, con la serenidad de los que supieron ganar su sitio de privilegio en el mundo del arte.

Yolanda Montecinos

Margarita Friedemann de Vásquez (1896-1993)

Pocos días antes de cumplir 97 años, se ha dormido en la paz de los justos la señora Margarita Friedemann Heim de Vásquez, a quien tantas generaciones de músicos y aficionados a la música debemos la posibilidad de haber adquirido partituras, instrumentos musicales, accesorios y tantos otros bienes de cultura que ofrecía en "Casa Margarita Friedemann".

Hija de don Carlos Friedemann, llegado a fines del siglo pasado a Chile desde Silesia, su patria, nació en Santiago el 3 de abril de 1896. Desde muy niña acompañó a su padre en la atención de un negocio de música que éste instaló, en 1905, en calle Ahumada, donde vendía pianos, partituras e instrumentos para bandas militares. A la muerte de don Carlos, el 2 de septiembre de 1936, Margarita heredó la casa de música, situada entonces en calle Moneda. Muy pronto, la "Casa Margarita Friedemann" se transformó en el punto obligado al que confluían músicos chilenos y directores de orquesta, solistas y cantantes extranjeros, que actuaron en Chile en las temporadas de conciertos de las décadas de los años 40 al 60, cuando la guerra desplazó hacia América del Sur a los músicos más famosos del mundo entero. Su hogar, constituido desde 1922 con don Custodio Vásquez Constantino, estuvo siempre abierto a estos visitantes, donde no faltaban a su tertulia artística un Arrau, un Backhaus, un Kleiber o un Busch, por citar sólo algunos. Un nuevo local en Agustinas, al frente de la Plaza de la Constitución, fue elegante testigo, durante muchos años, de la variada actividad artística capitalina.

La prematura viudez de su dueña y el auge de la fotocopiadora, que amagó poderosamente a la actividad editorial de la música, desplazaron a la "Casa Margarita Friedemann" a calle San Martín, con Margarita, siempre solícita e incansable, en la atención de su público fiel. En 1975, luego de siete décadas de actividad ininterrumpida, Margarita se retiró, dejando el negocio en manos de sus eficientes colaboradoras, el que hoy funciona, exitosamente, como "Casa Margarita Friedemann, Ltda.", en Avda. Providencia.

De vasta cultura y de un refinamiento espiritual poco común, Margarita Friedemann se caracterizó por su tesón y generosidad, por su exigencia de perfección y su jovialidad, y, muy especialmente, por el cultivo de la amistad. Son muchas las personas que recibieron el beneficio directo de esa amistad, y que, incluso, fueron acogidas por el matrimonio Vásquez- Friedemann, en su propia casa. Su prodigiosa memoria atesoraba, con cariño, cada detalle, gesto y diálogo de anécdotas innumerables, con las que reconstruía escenas de su largo y rico pasado. Asimismo, guardaba cartas, recortes y recuerdos que constituyen, hoy, una fuente importante para el estudio de la música chilena del presente siglo. Gracias a ella, pudimos rescatar imágenes de centenares de músicos nacionales y extranjeros que visitaron Chile, las que, con su generosidad acostumbrada, facilitó para mi *Iconografía musical chilena*.

En agosto de 1989, Margarita Friedemann me pidió que escribiera un libro sobre la vida de su gran amiga, la pianista chilena Rosita Renard, de quien guardaba el fervoroso recuerdo de su entrañable amistad. En las larguísimas conversaciones que sostuvimos hasta poco antes de su muerte, no sólo aprendí a conocer y a querer a esa mujer extraordinaria que fue Rosita Renard, sino también, a aquilatar la belleza del alma de esta amiga ejemplar que fue Margarita Friedemann: la lucha por sus ideales, la enorme pena que tuvo por haber perdido al esposo y a su único hijo, el doctor Raúl Vásquez;

su alegría, cultura, picardía y sencillez. Maravillaba la lucidez intelectual que conservó hasta el final y su afán por hacer de su vida cotidiana, algo útil y llevadero, expresado en bellos dibujos surgidos de largas horas de insomnio, con los que confeccionaba tarjetas de Navidad para expresar el cariño a sus seres queridos. Afortunadamente, alcanzó a leer el manuscrito de mi libro sobre Rosita Renard, aunque, por circunstancias difíciles de explicar, no alcanzó la dicha de tener la edición final en sus manos.

Con el fallecimiento de Margarita Friedemann, el pasado 27 de marzo, se cierra un importante capítulo en la historia de la música chilena, a la vez que desaparece una mujer de excepción, a la que mucho debe la cultura de nuestro país.

Samuel Claro Valdés
Pontificia Universidad Católica de Chile